

PNUD, Desarrollo Humano en Chile 2002. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*

RESEÑA de *Jorge Heine*

I

Chile siempre se ha considerado un país “culto” (algo presumiblemente avalado por sus bajas tasas de analfabetismo), pero rara vez ha tenido una política cultural digna de su nombre (una excepción podría ser un corto período durante el segundo tercio del siglo XX). El irónico título de una revista de corta vida dedicada al tema y publicada a comienzos de los años setenta, *La quinta rueda*, refleja bien esta escasa prioridad que ha tenido el fomento de las artes en un país que, no obstante estas poco auspiciosas circunstancias, ha logrado producir una cantidad no menor de escritores, pintores y músicos de primera línea.

Después del “apagón cultural” que el país vivió entre 1973 y 1985, en los noventa reemergen algunos intentos por reimpulsar y potenciar la creatividad artística, entre los que cabría mencionar la Ley de Donaciones Culturales (la así llamada “Ley Valdés”), el FONDART, el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, el Concurso de Arte Público del MOP y el Programa de Fomento del Cine de Largometraje de la CORFO, este último con un obvio impacto en el renacer del hasta hace poco alicaído cine chileno¹.

■ **Jorge Heine** es abogado de la Universidad de Chile y Doctor en Ciencia Política de la Universidad de Stanford. Actualmente es profesor de Ciencia Política de la Universidad Diego Portales, director del programa internacional de la Fundación Chile 21 y profesor visitante en la Universidad de Stanford. Es presidente de la United States Alumni Society (USAS) de Chile y de la Asociación Chilena de Ciencia Política. Además ha sido profesor visitante en St. Anthony's College, Oxford. Es autor, coautor y compilador de ocho libros y de más de 50 artículos en antologías y revistas profesionales. En el sector público se ha desempeñado en la Corporación de Fomento de la Producción (1971-1973) y en los cargos de Subsecretario de Aviación (1993-1994); Embajador en Sudáfrica (1994-1999) y Ministro de Bienes Nacionales (1999).

* Santiago: PNUD, 2002, 357 páginas.

JORGE HEINE, Facultad de Humanidades, Universidad Diego Portales, Vergara 210 Santiago.

Fax: (562) 676 2819

Correo electrónico: jheine@ctcinternet.cl

¹ Sobre este tema, ver Roberto Trejo, “El renacer del cine chileno”, *Foro Chile 21*, 1:2 (mayo de 2001), pp. 19-21.

Con todo lo admirable de estas loables iniciativas, sus limitaciones (la “ley Valdés” originalmente sólo permitía donaciones a eventos de asistencia gratuita y el Fondo del Libro sólo entrega una mínima fracción del total recaudado por el IVA a los libros, que fue el monto comprometido por el gobierno al crearlo en 1993), su relativa fragmentación y carácter *ad hoc* hacen difícil sostener que encarnan una política cultural como tal². El que durante largo tiempo el presupuesto de la Dirección de Asuntos Culturales (DIRAC) de la Cancillería haya sido de U\$ 500.000 al año –correspondiente al 1% del presupuesto de la Dirección de Relaciones Económicas Internacionales de la misma repartición– es revelador de las verdaderas prioridades existentes en la materia.

Es por ello que la elección de Ricardo Lagos a la Presidencia de la República despertó tantas esperanzas en el mundo de la cultura. El que proviniese de la academia y su labor de fomento de las artes en las carteras de Educación, primero, y Obras Públicas, después, así como las importantes señales que dio a partir de marzo del 2000 (comenzando por la apertura al público de las puertas de La Moneda, y siguiendo con actividades como el Día del Patrimonio, fiestas culturales en calles y plazas y otros) eran todos elementos que abonaban tiempos de bonanza para la creatividad artística en Chile³.

Parte del problema de la (no) política cultural en Chile radica en la institucionalidad, esto es, la enorme fragmentación de la tutela sobre instrumentos de fomento repartidos, a lo menos, en media docena de ministerios y muchas más agencias y reparticiones.

Desde 1990, distintas comisiones se han abocado a estudiar el tema, redundando en proposiciones cada vez más tímidas, en que alternativas como un Ministerio de la Cultura (¡horror de horrores!), una Subsecretaría (¡otra más!) o algún tipo de servicio propiamente tal han sido progresivamente descartadas en favor de un *minimum minimorum*, un Consejo Nacional de la Cultura que haría poco más que coordinar los entes actuales y sus escuálidos presupuestos⁴.

Lo que no deja de ser emblemático de las dificultades que enfrenta la actual coalición de gobierno es que lo que debería haber sido un momento de gran lucimiento, esto es, la aprobación del proyecto de ley que establece ese Consejo, terminó siendo la ocasión de uno de los “autogoles” más vistosos de la Concertación, al ser rechazado en la Cámara de Diputados ante la ausencia de numerosos diputados del oficialismo. Aprovechando la coyuntura, la oposición, nunca cómoda con el tema cultural, al cual ve ajeno, terminó debilitando aún más una legislación de por sí “enclenque”, al votarse ésta en el Senado para reponer el proyecto.

2 Sobre las políticas culturales en el gobierno del Presidente Aylwin, ver Ana María Foxley y Eugenio Tironi, *La cultura chilena en transición 1990-1994*. Número especial, revista *Cultura*, Ministerio Secretaría General de Gobierno, enero de 1994; y Bernardo Subercaseaux, “Políticas culturales: balance de la transición”, *Proposiciones* 25 (octubre de 1994), pp. 76-83. Para la situación cultural en el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, ver Roberto Merino, “Microclimas culturales”, en Cristián Toloza y Eugenio Lahera (compiladores), *Chile en los noventa*. Santiago: Dolmen, 1998, pp. 681-701.

3 Algunas ideas al respecto habían sido adelantadas en un breve tomo de campaña, *Mi idea de país*. Santiago: Prosa, 1999, pp. 99-101.

4 Para algunas reflexiones de uno de los participantes (y ex asesor de Ricardo Lagos en su paso por el Ministerio de Educación) en algunos de esos proyectos, ver Manuel Antonio Garretón, *La faz sumergida del iceberg: Estudios sobre la transformación cultural*. Santiago: CESOC-LOM, 1994.

Ahí hay una lección para todos aquellos que quieran verla. Pero ella no se remite sólo a lo que significa el desarrollo de políticas públicas de fomento de la actividad cultural, sino que dice relación también con algo de mucho más envergadura: nuestra misma identidad nacional.

II

La noción de chilenidad se remonta, desde luego, a la misma *Araucana* de Alonso de Ercilla, y ha generado una obra considerable, expresándose tanto en la literatura como en la ensayística, entre otros muchos géneros. Y es ese, en buena medida, el tema de la nueva, y cuarta, versión del estudio del PNUD, *Desarrollo Humano en Chile 2002*, obra que no sólo mantiene la alta vara establecida por los de 1998 y 2000, sino que en algunas áreas incluso los supera.

La mayoría de los estudios de organismos internacionales pasan directamente “de la imprenta al archivo”, sin solución de continuidad. Por ambiciosos y extensos que sean, muchas veces no son tratados como monografías académicas (no siendo, usualmente, reseñados en revistas profesionales) ni como textos de interés para el público no especializado y, peor aún, rara vez están disponibles en librerías. Su prosa, a veces impenetrable, no contribuye a ganarles adeptos, mientras que su necesaria prudencia y cautela (a objeto de no herir sentimientos de gobiernos de países miembros) no contribuye al tipo de hipótesis provocadoras que puede resultar en el desarrollo de nuevos paradigmas.

Como en todo orden de cosas, hay excepciones a estas generalizaciones, y varios de los considerables aportes de la CEPAL están entre ellas. Pero el fenómeno de los estudios de desarrollo humano del PNUD en Chile caen en una categoría absolutamente *sui generis*. Por abstrusa que pueda parecer su temática, la verdad es que no sólo han contribuido a moldear parte importante del debate público e intelectual sobre “la segunda fase” de la transición chilena desde 1998, sino que además (dentro de las obvias limitaciones de la realidad chilena) han sido notables éxitos de ventas. Así, han aparecido por varias semanas en las listas de libros más vendidos, e incluso han llevado a suplementos sabatinos de la prensa diaria –que rara vez incursionan en el análisis social– a resumir y difundir sus principales hallazgos.

En 1998, su informe *Desarrollo Humano en Chile-1998. Las paradojas de la modernización* vino a darle sustento teórico y empírico al debate más bien ideológico que se estaba dando al interior de la coalición de gobierno a raíz de los resultados de la elección parlamentaria de 1997, en relación al tema de “el malestar” entre los chilenos, y que consagró la distinción entre los así llamados “autoflagelantes” y los “autocomplacientes”. Dos años después, el siguiente informe, *Más sociedad para gobernar el futuro*, partiendo de un lúcido análisis del cambio de época que significa la globalización, se centró en la asociatividad y la noción de capital social, tan difundida por Robert Putnam⁵, examinando en gran detalle las carencias en materia de asociatividad que se dan en Chile, las

5 Ver Robert Putnam, *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. Nueva York: Touchstone, 2000.

frustraciones que ello provoca en la ciudadanía y las nuevas formas de expresión de la política en el cambio de siglo.

El informe objeto de esta reseña, aunque construyendo sobre los cimientos establecidos por los anteriores (continuidad dada, entre otras cosas, por la de los dos investigadores *senior* del proyecto, y para todos los efectos, sus autores, el sociólogo Pedro Guell y el politólogo Norbert Lechner, es parte de la fortaleza de estos estudios) toma como temática central el complejo y “jabonoso” asunto de la cultura e identidad nacional en Chile.

La pregunta “¿Qué es ser chileno?” ha generado una enorme literatura, aunque más bien en la ficción y la ensayística que en las ciencias sociales propiamente tales. La perspectiva más tradicional ha sido recogida, entre otros, por Hernán Godoy en su exhaustivo libro *El carácter chileno*⁶, cuyo mismo título podría ser cuestionado desde la óptica contemporánea (por adscribir características de individuos a un conglomerado social). Un cuarto de siglo después, alguien como Jorge Larraín, recurriendo al instrumental del análisis sociológico más avanzado, puede abordar el tema desde un ángulo algo distinto en su logrado libro *Identidad chilena*⁷.

III

Como bien señala Larraín, Chile se ha definido a sí mismo a partir de ciertos referentes que han ido cambiando a lo largo del tiempo, pero que van sedimentando distintas expresiones identitarias, que, más que ir reemplazando a las anteriores, se van superponiendo en una suerte de sucesión de capas comparables a una conformación geológica. Aunque las más recientes están “arriba”, y son, por ende, más visibles, ello no significa que las demás no existan. Sólo están “sumergidas”, pero siguen muy ahí, y pueden resurgir, como, de hecho, lo hacen cada cierto tiempo.

El Imperio español (hispanidad y catolicismo), Inglaterra y Francia (en lo económico y lo cultural, respectivamente), América Latina (región a la cual pertenece), Alemania (en lo militar y académico) y Estados Unidos (desde 1945, en prácticamente todo) han sido algunos de estos referentes exógenos claves, mientras que el mestizaje entre colonizadores españoles y los pueblos originarios (fundamentalmente los mapuches) es uno de los factores endógenos más significativos.

Para la mayoría de los observadores, sin embargo, el factor determinante de la identidad nacional es la geografía. Su condición *finis terrae* y de extremo aislamiento geográfico contribuyó a la formación de una sociedad menos expuesta al influjo de extranjeros e inmigrantes que sus contrapartes de la costa del Atlántico de Sudamérica, marcada por la impronta de la hacienda (o “fundo”, en la expresión más local del término), y, por tanto, muy jerarquizada y de considerables distancias sociales entre sus integrantes. El ser una “larga y angosta franja”, por otra parte, hizo imperativo un alto grado de

6 Santiago: Universitaria, 1976.

7 Santiago: LOM, 2001.

centralismo para evitar potenciales tendencias secesionistas en lo que es, después de todo, el país más largo del mundo⁸.

Como quiera que ello sea, tanto las peculiaridades geográficas como las históricas (entre otras, la resistencia que opuso el pueblo mapuche a la colonización durante tres siglos y medio) determinaron que el Estado jugase un papel fundamental en el desarrollo de la nacionalidad. Por otra parte, tanto esas distancias sociales como el aparataje militar que conllevaba el enfrentar posibles alzamientos indígenas generaron un sentido de enorme fragilidad del orden y de temor al “Otro”, que fue lo que llevó a Diego Portales a señalar que ese orden se mantenía gracias “al peso de la noche”⁹.

A lo largo de su historia, Chile desarrolló distintas narrativas que construían su autoimagen a partir del relato nacional-militar. Esto, sobre todo a partir de la lucha por la Independencia y las posteriores guerras con Perú y Bolivia entrado el siglo XIX, y encarnado en el lema “Ejército de Chile: siempre vencedor, jamás vencido”; el cívico-nacional, que, abarcando el período 1920-1973, enfatiza elementos como el Estado Docente, la extensión de la democracia y la industrialización; el de exclusión popular, que subraya el grado al cual los grandes sectores han sido marginados del progreso y el avance nacional, mientras la élite se enriquecía a su costa; y el del “jaguar empresarial”, fraguado desde la apertura de la economía en el régimen militar en los años setenta, y que, en alguna medida, persiste en el discurso de importantes segmentos de la sociedad chilena hasta el día de hoy.

Más allá de discursos y representaciones, sin embargo, poca duda cabe que, en términos objetivos, el mayor cambio que se ha dado en el siglo XX en Chile ocurrió entre 1987 y 1997, en que, creciendo a un promedio de un 7% anual, duplicó su ingreso per cápita (de U\$ 2.500 a U\$ 5.000), provocando un vuelco considerable en los patrones de consumo y el nivel de vida de sus habitantes. Unido a cambios iniciados a comienzos de los ochenta como el establecimiento de las AFP’s y las Isapres, además de la expansión de la educación superior, y el retorno a la democracia en los noventa, esto ha gatillado enormes alteraciones en el cuerpo social, a las cuales tanto individuos como grupos aún no acaban de adaptarse ni de procesarlas plenamente.

Si bien la separación entre lo que podríamos llamar el análisis de la esfera política *strictu sensu* (todo lo relativo a la transición del autoritarismo a la democracia) y lo que es el examen más bien sociológico de lo que han significado estos cambios en la vida cotidiana de los chilenos, no siempre es tan nítida ni tan fácil de hacer debido al traslape cronológico entre ambos procesos, esta última temática ha ido generando cada vez mayor interés de parte de los analistas.

La pauta al respecto la dio el propio Joaquín Lavín en su libro *La revolución silenciosa* en 1987¹⁰, en que, aun antes que estos cambios se produjeran, les dio su encomiástica aprobación. En el pasado reciente, sociólogos/cum comunicólogos como Eugenio Tironi en *La irrupción de las masas y*

8 El libro clásico sobre el impacto de la geografía en el ser nacional es Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*. Santiago: Universitaria, 1973. Para un “guiño” contemporáneo a esa obra, ver Bernardo Subercaseaux, *Chile o una loca historia*. Santiago: LOM, 1999.

9 Sobre este tema, ver Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica*. Santiago: Planeta/Ariel, 1997.

10 Santiago: Lord Cochrane, 1987.

*el malestar de las élites*¹¹ y *El cambio está aquí*¹² y Pablo Halpern en *Los nuevos chilenos y la batalla por sus preferencias*¹³ han seguido en esa tradición, en entusiastas textos acerca de las bondades del *mall* y los efectos de la televisión, la sociedad de mercado y la globalización, unido al supuesto paso de una sociedad de ciudadanos a una de consumidores.

Menos comunes han sido los intentos por problematizar esta situación, algo que también permitiría obtener algunas claves respecto de lo ocurrido en el país después que esa década de expansión llegó a su fin, y que Chile ha debido conformarse con tasas de crecimiento que apenas llegan a la mitad de esos años. Eso es lo que han hecho los informes de desarrollo humano del PNUD.

IV

Con la reproducción de un expresivo cuadro de Gonzalo Cienfuegos (*La viuda*, 1991), que contrasta una escena de un patio casero más bien colonial y una torre tan propia del desarrollo urbano de estos años, la misma portada de este último informe del PNUD pareciera anunciar algo distinto, cosa que hace. Y aunque el tema de la política cultural es tratada en forma sistemática, y el informe incluye datos originales sobre aspectos como el perfil cultural de cada una de las regiones de Chile, la verdad es que la “cultura” en el sentido más estrecho de la palabra (esto es, el de la producción de bienes culturales y el papel que juegan las políticas públicas en ello) es lo menos relevante de esta obra. Así como el informe de 1998 se centró en el “malestar” de los chilenos, y el del 2000 en el capital social (o, más bien, en la ausencia del mismo), éste provee un cuadro sinóptico de la cultura política del país en el cambio de siglo, si bien situándolo en el contexto más amplio de sus orígenes y evolución reciente.

Basado en encuestas de opinión pública diseñadas y realizadas especialmente para este proyecto (con entrevistas a más de 3.600 personas en todo Chile), material obtenido de *focus groups* y de entrevistas en profundidad efectuadas con numerosas otras, junto al análisis de contenido de distintos textos literarios e históricos, él mismo provee el análisis más sofisticado disponible sobre la actual sociedad chilena, un verdadero modelo de cómo hacer investigación social y política en el mundo de hoy¹⁴.

El resultado es de dulce y de agraz. El concepto de desarrollo humano (DH) surge como alternativa al de desarrollo económico que descansa fuertemente en indicadores como el ingreso per cápita. En sus

11 Santiago: Grijalbo, 1999.

12 Santiago: La Tercera/Mondadori, 2002.

13 Santiago: Planeta, 2002.

14 De hecho, su misma existencia confirma que hoy es perfectamente posible hacer investigación politológica y sociológica de nivel mundial en Chile si se crean las condiciones adecuadas. Para ello, en este caso, un generoso financiamiento conjunto del PNUD y del Gobierno de Chile, algo que lamentablemente brilla por su ausencia en la mayoría de las otras escasas instancias de financiamiento disponibles.

informes anteriores el PNUD ha encontrado que, de acuerdo a los indicadores del DH, como expectativa de vida, escolarización y años de educación e ingreso, Chile se encuentra en un muy buen pie, en muchos sentidos, en el mejor de América Latina. Una cosa es afirmar eso, que a estas alturas no es ninguna novedad, y otra explorar las creencias, valores y el sentir de los chilenos en esta nueva etapa de su desarrollo, que, reveladoramente, aún no da lugar a una narrativa propia, sino que más bien se bate entre al menos dos de su pasado reciente –la cívico-nacional y la del jaguar empresarial–, ninguna de las cuales parece demasiado adecuada a los requerimientos de este cambio de época.

La sabiduría convencional y el sentido común nos dicen que Chile va “hoy bien, mañana mejor”, algo que pareciera ser refrendado por las crisis económicas y de gobernabilidad que afectan a muchos países vecinos. De hecho, muchas cifras sobre el desempeño económico del país pueden ser aducidas para validar ese argumento. Más allá de ello, sin embargo (y esto no tiene que ver, como se ha querido plantear¹⁵, con algo tan inasible y subjetivo como lo es la felicidad individual, sino que con fenómenos sociales con serias repercusiones en todos los planos de la sociedad), distintos estudios de opinión –así como fenómenos tan preocupantes como la no inscripción en los registros electorales de dos millones de chilenos, la gran mayoría de ellos jóvenes entre 18 y 24 años– indican una profunda brecha entre ese progreso material y la percepción del mismo por los chilenos. Esto, naturalmente, se ha acentuado durante “la segunda fase” de la transición. Esto es, la que se inicia a partir de 1998 y la baja a la mitad del crecimiento del 7% de la década anterior, si bien no es provocada por ésta.

Uno de cada tres chilenos (un 30%) considera que “no se puede hablar de lo chileno, todos somos distintos”, y otro tanto (un 28%) afirma que “hoy en día es difícil decir qué es lo chileno”, lo que nos lleva a que una sólida mayoría (un 58%) ponga en duda las mismas bases de nuestra identidad nacional. Si bien la inexistencia de estudios comparables en épocas anteriores hace difícil, si no imposible, comparar estas cifras, todo indica que se trata de un fenómeno relativamente reciente. Y si la incapacidad de establecer lo que es propiamente chileno es, por decir lo menos, preocupante, lo mismo vale para la adhesión a la democracia.

Es común señalar que el retorno a la democracia en Chile se vio facilitado por su larga tradición cívica y republicana. Sin embargo, la evidencia indica que los chilenos expresan un grado inferior de apoyo a la democracia que el de muchos otros latinoamericanos. De acuerdo a la encuesta del PNUD, en el 2001 sólo un 45% de los chilenos manifestó concordar en que “la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno”, mientras que un 18% indicó que “en algunas circunstancias es mejor un gobierno autoritario”, en tanto que un 32% que “a la gente le da lo mismo el tipo de gobierno”.

Lo anterior refleja, por una parte, una fuerte caída del compromiso de la ciudadanía con sus instituciones democráticas (de un 61% en 1997) y, por otra, niveles muy inferiores a los de la mayoría de los países de la región (que aun en países con tantas dificultades como Perú y Argentina el 2001 llegó a un 62 y 58% respectivamente, en tanto que en Uruguay bordea el 80%). La imagen misma de la democracia, por su parte, no es mucho mejor. Una mayoría relativa de los chilenos (un 35%) la ve como “un juego de azar donde muchos juegan y pocos ganan”.

15 Como ha hecho, por ejemplo, Andrés Velasco en “La (In)Felicidad”, *Perspectivas*, 5:1 (2001), pp. 31-40.

V

¿Significa esto, acaso, que la “privatización” de la vida comunitaria ha llevado a que las personas se concentren en su actividad laboral y económica, y que ésta sí concita gran respaldo y adhesión? Tampoco. Pese al gran progreso económico que se ha dado en el país en los últimos quince años, un 52% de los chilenos se siente un “perdedor” y sólo un 38%, “ganador”. Como si esto fuese poco, “tres cuartas partes de las personas tienen sentimientos más bien negativos acerca del sistema económico actual”.

Lejos de reflejar una población satisfecha con los avances logrados y lista para emprender nuevos desafíos (como el convertir a Chile en un país desarrollado para el Bicentenario, como ha señalado el Presidente Lagos), estos hallazgos deberían ser “luces amarillas” que adviertan sobre la existencia de preocupantes síntomas en el cuerpo social chileno, que van mucho más allá de bajas transitorias en el desempeño económico. Es para su tratamiento, naturalmente, que el desarrollo de una política cultural más asertiva y comprensiva se torna condición necesaria, si bien no suficiente.

¿A qué se debe esta situación? Simplificando un argumento extenso y complejo, los autores distinguen entre factores que podríamos llamar genético-históricos, relativos al cambio de época que se vive en el cambio de siglo, y lo propio del “modelo chileno” de desarrollo.

En cuanto a los primeros, y sin caer en el error tan frecuente de atribuir al conglomerado social características de personas individuales (el chileno, digamos, como tímido, poco asertivo y triste), el estudio identifica “la obsesión por el orden y el temor al caos”, como uno de los *leitmotivs* fundantes de la nacionalidad chilena, algo que explicaría el lenguaje tentativo, repleto de diminutivos y frases sin completar, algo tan propio de este país. Esta sensación de fragilidad de un orden social precario se habría visto reforzado por lo ocurrido durante el régimen militar, en que las numerosas violaciones a los derechos humanos no habrían hecho sino ratificar en la mente de muchos que en Chile, efectivamente, estamos a sólo un paso del abismo, y que cualquier “salida de madre” o exceso puede empujarnos al despeñadero.

La globalización, la redefinición del estado nacional, la sociedad de mercado, la mediatización y la individualización, por otra parte, todos signos de estos nuevos tiempos, han contribuido, a su vez, a dejar atrás las grandes causas colectivas tan propias de gran parte del siglo XX, y han puesto en la palestra el perfilamiento individual como eje central de las motivaciones personales. Ello está asociado al auge del consumo y a la estetización de la vida cotidiana (los chilenos consumen U\$ 45 al año en cosméticos, la segunda cifra más alta de la región). La “vida de partido”, el trabajo sindical, la participación en la junta de vecinos, todas esas conductas tan propias del Chile “cívico-nacional” son desplazadas por la ida al *mall*, el ver televisión (que ha pasado a ser una de las principales actividades familiares, por lo menos para un 54% de los chilenos) o simplemente largas horas de trabajo (“me agarró la máquina”, es la cada vez más frecuente expresión coloquial).

A su vez, varios de estos cambios (que, por cierto, se dan en muchos países del planeta –en eso consiste la globalización–) se han materializado en un determinado contexto en Chile. En adición al déficit de espesor cultural que nuestro país arrastra en relación a otras naciones de la región, en Chile se han aplicado las leyes del mercado hasta un límite raras veces visto –del cual el caos del sistema de

transporte público de Santiago es el mejor ejemplo. Un lugar en el cual se suprimen los paraderos de la locomoción colectiva por considerar que ello interfiere con la libre voluntad del conductor para detenerse donde le venga en gana, y que suprime los límites urbanos de su capital con el ostensible propósito de que la ley de oferta y demanda haga bajar el precio del suelo (el efecto, predecible, fue el contrario), obviamente juega un rol pionero en avanzar desde una economía de mercado a una sociedad de mercado.

Como señala el texto en comento, sin embargo, “el mercado tiende a expandir su ‘lógica’ a todos los ámbitos, pero sin poder ampliar sus funciones. Entre otros, no produce los sentidos de vida, no genera las identidades colectivas ni crea las motivaciones que exige la integración social” (p. 181).

Lo que tenemos, entonces, es un tremendo deterioro del imaginario colectivo de los chilenos. Incluso, proyectos tan personales como la individualización se ven frustrados por la ausencia de recursos sociales para asumirlos. Como bien señala el estudio, no basta con la existencia de la libertad de elegir; una sociedad también debe hacer posible que esas opciones tengan algún grado de factibilidad de realizarse. Lo contrario, es invitar a una frustración colectiva permanente, que pareciera ser la condición en que se encuentran muchos chilenos.

De una situación tal en que, como ha señalado Manuel Antonio Garretón, “la política fue el cemento cultural de la sociedad chilena”, el desapego y desarraigo de toda construcción de futuro (el presentismo es otra característica muy propia del Chile de hoy) y de acciones colectivas (que es lo que encarna, por definición, la política) ha llevado al país a quedarse sin el pegamento que le dio sentido a nuestra vida colectiva.

Es en ese contexto que políticas culturales que contribuyan a recrear ese imaginario colectivo son tan importantes, y denuncias sobre un pretendido dirigismo cultural tan fuera de lugar. El gasto total en materia de promoción cultural en Chile llega apenas a U\$ 30 millones, del cual las tres cuartas partes es gastada por el Estado. Esa cifra, sin embargo, es la misma que invierte al año una biblioteca de una buena universidad de los Estados Unidos. La ironía es que los mismos que dicen que Chile debe dejar de compararse con los países de la región en materia de indicadores económicos y comenzar a hacerlo con los países del Norte, son los que se oponen a que en otros frentes tratemos de remontar, aunque sea mínimamente, la enorme brecha que tenemos con los países desarrollados.

Sin embargo, lo alarmante de los hallazgos de este notable estudio, que debería ser lectura obligada no sólo de todo científico social en Chile, sino que de toda persona interesada en el futuro del país, es que en su elegante y expresiva prosa ha puesto “el dedo en la llaga” en uno de los problemas más acuciantes del Chile de nuestra época. Con todo, lo que este país tiene a su favor, que es mucho, también tiene profundas lesiones, que obstaculizan (y obstaculizarán cada vez más) el “actuar juntos”.

